

*Bizancio, cruzada y guerra santa **

*José Marín Riveros ***

I

Samuel Huntington, en 1997, publicó un libro que, más allá de los debates que suscitó, puso fuertemente el acento en el estudio de las civilizaciones y sus relaciones, de conflicto especialmente¹. James Turner Johnson², a partir de los postulados de Huntington, sostiene que el gran problema es y ha sido de índole valórico y conceptual, y que mientras las culturas en conflicto potencial no sean capaces de entenderse cabalmente en sus concepciones fundamentales, la distancia será insalvable. Tenemos la convicción de que algunos de los problemas contemporáneos que afectan a las Relaciones Internacionales en el Mediterráneo, hunden sus raíces en la época de las Cruzadas, cuando las relaciones de tolerancia entre la cristiandad occidental y la oriental y el mundo islámico, se deterioraron progresivamente hasta quebrarse, siendo sustituidas por relaciones donde se hicieron sentir las distancias culturales, la animosidad y desconfianza mutua, cuando no el odio.

De hecho, el verdadero cisma de la Cristiandad, por ejemplo, debe ser comprendido, precisamente y como Paul Lemerle³ ya lo demostró, a partir de la Cuarta

* Este artículo corresponde a un adelanto de una investigación mayor que, bajo el título *Aportes para una historia comparada de las Civilizaciones Mediterráneas en la Época de las Cruzadas. El valor histórico del concepto de Guerra Santa (s. XI-XIII)*, ha sido aprobada como Proyecto Fondecyt 2000-2001, N° 1000262.

** Profesor de la Universidad Católica de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Chile y Universidad Adolfo Ibáñez.

1 HUNTINGTON, S.P., *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Trad. de J.P. Tosaus, Paidós, 1997. Barcelona-Bs. Aires.

2 JOHNSON, J.T., *The Holy War Idea in Western and Islamic Traditions*, The Pennsylvania State University Press, 1997, Pennsylvania, pp. 4 y ss., y 18 y ss. V. tb. PARTNER, P., *The God of Battles. Holy Wars of Christianity and Islam*, Princeton U. Press, 1998 (1997), pp. XV-XXVII.

3 LEMERLE, P., *L'Orthodoxie byzantine et l'oecuménisme médiéval: les origines du "schisme" des Eglises*, en "Bulletin de l'Association Guillaume Budé". Quatrième Série, 2, Paris, 1965, pp. 228-246, ahora en: LEMERLE, P., *Essais sur le monde byzantin*, Variorum Reprints, 1980, London, passim. Véase. del mismo autor: *Byzance et la Croisade*, en "Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche", (Roma 4-11 settembre 1955), Vol. III, Storia del Medioevo, Florencia, 1955, pp. 13-24, ahora en: LEMERLE, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum, 1978, London, pp. 611 y ss., y *Saint Louis et Byzance*, en "Journal Asiatique", CCLVII, Paris, 1970, ahora en: LEMERLE, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, op. cit., IX, p. 13. Una visión

Cruzada, acción que, entendida como una “guerra santa” por los latinos, resultaba no sólo del todo incomprensible para los bizantinos, sino que además les parecía peligrosa y quimérica, lo que se traducía en una indiferencia que irritaba a los cruzados⁴.

Desde una perspectiva más amplia deben considerarse las enormes diferencias históricas y culturales —más allá de los problemas eclesiásticos o dogmáticos— que ya se habían hecho manifiestas entre la Cristiandad Latina y la Griega, provocando roces y conflictos pero no rupturas de carácter permanente⁵. El cisma de Focio (867) y el cisma de Miguel Cerulario (1054), marcan hitos de gran relevancia en el distanciamiento paulatino entre Roma y Constantinopla, pero en ningún caso llevaron al quiebre definitivo entre ambas cristiandades, como ha querido la historiografía, que siempre busca fechas emblemáticas para abrir o cerrar períodos históricos. Jacques Le Goff, por citar sólo un autor (en este caso un conspicuo medievalista), establece, precisamente, los límites entre la Alta y la Baja Edad Media en el año 1054⁶. No obstante, se debe tener en cuenta que, tras el lamentable incidente entre el cardenal legado, Humberto de Silva Cándida (c. 1000-1061), y el patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario (c. 1000-1059), las relaciones entre ambas cristiandades se restablecieron, y el episodio es apenas referido por los cronistas de la época. En efecto, el verdadero *coup de grâce* a las relaciones entre Oriente y Occidente, llegaría junto con la Cuarta Cruzada que, en 1204 y desviada de su objetivo -Egipto-, llevó a los cruzados a tomar Constantinopla y, previo saqueo, instaurar un Imperio Latino que duraría cincuenta y siete años⁷. Tal actitud

suscinta en MARÍN, J., *Bizancio y la Civilización Cristiana Ortodoxa*, en “Bizancio, Arte y Espíritu”, Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la U. de Chile, 1995. Santiago, pp. 72-73. Cf. RICHARD, J., *Histoire des Croisades*, Fayard, 1996, Paris, p. 262.

4 RUNCIMAN, S., *La Caída de Constantinopla*, Trad. de V. Peral D., Espasa-calpe, 1973 (1965), Madrid, pp. 18 y s.

5 véase por ej. FROLOW, A., *Recherches sur la Déviation de la IVe Croisade vers Constantinople*, PUF, 1955, Paris, pp. 33 y s.

6 LE GOFF, J., *La Baja Edad Media*, Trad. de L. Ortiz, Siglo XXI, 1971 (1965), Madrid, p. 6.

7 Acerca de la IV Cruzada FROLOW, A., op. cit DE MUNDO, S., *Cruzados en Bizancio*, Universidad de Buenos Aires, 1957, Buenos Aires. DE MUSCHIETTI et alt., *Devastatio Constantinopolitana*. Introducción, traducción y notas, en “Anales de Historia Antigua y Medieval”, Vol. 15, 1970, Universidad de Bs. Aires. EGEEA, J., *La Crónica de Morea*, Ed. del CSIC, Col. Nueva Roma, 1996, Madrid. GILL, J., *Franks, Venetians and Pope Innocent III*, en “Studi veneziani”, III, 1970, ahora en “Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)”, Variorum Reprints, 1979, London. GODFREY, J., 1204. *The Unholy Crusade*, Oxford University Press, 1980, Oxford. PATRI, S., La relation russe de la quatrième croisade, en “Byzantion”, LVIII, 1988, 1. QUELLER, E.D., Innocent III and the Crusader Venetian Treaty of 1201, en “Medievalia et Humanistica”, XV, 1963, ahora en *Medieval Diplomacy and the Fourth Crusade*, Variorum Reprints, 1980, London. RUNCIMAN, S., *Historia de las Cruzadas*, Trad. de G. Bleiberg, Alianza, 1994 (Cambridge, 1954), Madrid, vol. 3. SETTON, K.M., *A History of the Crusades*, The University of Wisconsin Press, 1969, Madison and Milwaukee, Vol. II: *The Later Crusades: 1189-1311*, cap. IV: HUSSEY, J., “Byzantium and the Crusades, 1081-1204”, y cap. V: McNEAL et alt, *The Fourth Crusade*. PEARS, E., *The Fall of Constantinople*, Darf Publish. Ltd., 1987 (1885), London. NORWICH, *Byzantium, The Decline and Fall*, Viking, 1995, London. BRADFORD, E., *The great betrayal. Constantinople 1204*, Hodder and Stouhton, 1967, London. Más recientemente BARTLETT, W.B., *An Ungodly War: The Sack of Constantinople and the Fourth Crusade*, Sutton Publishing, 2000, Gloucestershire.

era, para los bizantinos, incomprensible entre cristianos y, por tanto, una confirmación más del carácter bárbarico de los occidentales, quienes supuestamente actuaban con la anuencia del Papa Inocencio III (1198-1216), aun cuando éste sancionara, incluso con la excomunión, tan lamentable episodio.

No es éste el momento para detenerse en detalle en el origen y desarrollo de la Cuarta Cruzada, tema complejo y difícil de abordar que ha suscitado gran controversia entre los historiadores⁸. Por de pronto, y para ponderar de mejor manera el peso de los acontecimientos, y cómo éstos alejaron a latinos de griegos, es preciso recordar algunos hitos históricos, especialmente dos momentos relevantes: la toma y saqueo de Zara y de Constantinopla, y el testimonio de los contemporáneos al respecto.

El saqueo de Zara, a fines de 1202, fue el primer capítulo funesto de la expedición, toda vez que se trataba de una ciudad cristiana. Los cruzados fueron convencidos por los venecianos —financistas de la cruzada— de atacar aquella ciudad de la costa dálmata, a cambio de un aplazamiento de las deudas contraídas. Las aprehensiones del Pontífice romano, que había prohibido expresamente atacar tierras de cristianos, comenzaban a confirmarse dramáticamente, como apunta Queller⁹.

Ya en camino desde Venecia, los cruzados sitiaron Zara y discutieron acerca de un posible asalto a la ciudad. Según Villehardouin: *Entonces se levantó un abad de Vaux de la orden del Císter, y les dijo: «Señores, os prohibo en nombre del Papa atacar esta ciudad, pues ella es ciudad de cristianos y vosotros sois peregrinos»*¹⁰

La advertencia era clara, en cuanto recordaba que no es posible atacar a cristianos y, al mismo tiempo, el sentido más puro de la cruzada, al llamar a sus integrantes *pelerins*. Con todo, los barones se decidieron por tomar Zara, lo que se hizo respetando la vida de sus habitantes, pero sometiendo a la ciudad a un saqueo sin piedad. El Papa, al enterarse, hizo manifiesta su desaprobación, tanto así que los cruzados enviaron legados a Roma con el fin de conseguir su absolución, lo que, de paso, confirma una conciencia clara de que se había cometido un hecho pecaminoso. Inocencio escuchó a los legados, quienes alegaron que sufrían necesidades —todo lo que tenían lo habían dado a los venecianos— y fueron finalmente perdonados¹¹.

*Y el Papa dijo a los mensajeros que él sabía bien que era por debilidad de los otros que habían sido obligados a actuar así, y que les tenía en gran piedad; y entonces envió su saludo a los barones y a los peregrinos y les dijo que los absolvía como a sus hijos y les mandó y les instó a mantener unido al ejército: pues sabía bien que sin este ejército el servicio de Dios no podría ser llevado a cabo...*¹²

8 vid al respecto QUELLER, D.E., *A Century of Controversy on the Fourth Crusade*, en "Medievalia et Humanistica", op. cit., pp. 235-277. Tb. FROLOW, A., op. cit., pp. 3 y ss.; BARTLETT, W., op. cit., pp. 192 y ss.

9 QUELLER, D.E., *Innocent III and the...*, art. cit., pp. 31-34. Tb. RICHARD, J., op. cit., pp. 254 y ss.

10 VILLEHARDOUIN. *La Conquête de Constantinople*, 83, Ed. de E. Faral, 5ème Tirage, Les Belles Lettres, 1973, Paris, vol. 1, pp. 82-85.

11 GILL, J., art. cit., p. 99.

12 VILLEHARDOUIN, op. cit., 107, pp. 108-109.

La expedición a Zara es significativa por diversos motivos. Por un lado, los barones, especialmente los venecianos, habían asumido de hecho el control de la cruzada, utilizándola para dar satisfacción a sus propósitos, a pesar de las buenas intenciones de Inocencio III; por otro, y relacionado con el punto anterior, las ambiciones terrenales ocasionaban no sólo disputas entre venecianos y francos a causa del reparto del botín, sino que también parecen imponerse sobre los intereses religiosos, esto es, liberar Tierra Santa. Además, fue en Zara donde se habría planeado el asalto a Constantinopla, es decir, donde se desvió la Cuarta Cruzada, de la cual la toma y saqueo de la ciudad dalmática fue un nefasto presagio. Zara, disputada por Venecia y Hungría, era una posición clave en el dominio del Adriático¹³; Constantinopla lo era respecto del Mediterráneo. Las ambiciones venecianas no parecían tener otros límites. La desviación de la Cuarta Cruzada ya era un hecho.

El siguiente paso fue, pues, Constantinopla. La cruzada contra los infieles se había transformado en una guerra contra cristianos, ya sea por la ambición veneciana, por una acción premeditada o, como también ha planteado la historiografía, por una conjunción fortuita de circunstancias: el rol de la Serenísima, la absolución del Papa que dejó de alguna manera en libertad de acción a los cruzados, el sentimiento antibizantino de hombres como el Dogo de Venecia, Enrique Dandolo (1192-1205), o la aparición en escena de un aspirante al trono bizantino, el futuro Alexis IV (c. 1182-1204), apoyado por Felipe de Suabia (1170-1208), que solicitaba la ayuda de los cruzados para obtener el trono imperial en Bizancio, a cambio de la cual prometía la sumisión a Roma de la Iglesia de Oriente y ayuda militar y económica. La favorable recepción de la oferta, especialmente por los venecianos, trajo nuevas disensiones entre los Cruzados. Según la *Devastatio Constantinopolitana*¹⁴:

Cuando la gente supo esto, es decir que ellos deberían ir a Grecia, se reunieron y puestos de acuerdo, juraron que ellos nunca habrían de ir allí. Por lo cual el abad de Vaux de Cernay y el señor Simón de Montfort y Enguerrando de Boves se retiraron junto con una gran multitud de soldados y otros, y al llegar a Hungría fueron acogidos honorablemente por el rey¹⁵.

Por su parte, Villehardouin, después de dar cuenta de la llegada de los mensajeros del emperador Alexis, señala:

...Y el abad de Vaux de la orden del Císter, habló, y aquellos del partido que pretendía dislocar el ejército; y dijeron que no consentirían en ello, ya que era marchar contra cristianos, y que ellos no habían partido para eso, sino que querían ir a Siria¹⁶.

Después de pasar por Corfú y Scutari, en Julio de 1203, los cruzados llegaron a Constantinopla. Tras un breve sitio, la ciudad capituló y los latinos pusieron en el trono a Alexis, junto a Isaac II Angel, todo lo cual —promesas de ayuda

13 RUNCIMAN, S., *Historia de las Cruzadas*, op.cit., vol. 3, p. 115.

14 Sobre esta breve Crónica, v. *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Oxford U. Press, 1991, Oxford, vol. 1, p. 615.

15 DE MUSCHIETTI et al., *Devastatio Constantinopolitana*, op. cit., p. 192.

16 VILLEHARDOUIN, op. cit., 95, pp. 95-97.

incluidas— no pudo evitar las disputas entre griegos y latinos ni el saqueo de buena parte de la ciudad. Las rivalidades entre cruzados y bizantinos, las ambiciones venecianas, las promesas no cumplidas, las intrigas palaciegas en Constantinopla, se sumaron para dar ventaja a los cruzados que, en 1204, terminan por imponer un emperador latino en la capital imperial. Ese fue el equívoco destino de la IV Cruzada, que culminó con la destrucción del Imperio griego —cuyo emperador hubo de permanecer en el exilio en Nicea hasta 1261—, sin haberse siquiera aproximado a Tierra Santa. Un cronista ruso, presumiblemente testigo de los hechos, dejó el siguiente relato:

El lunes 12 de abril, aniversario de San Basilio confesor, habiendo penetrado en la ciudad del universo la totalidad de los francos, acamparon en el lugar que antes había ocupado el emperador de los griegos, junto al santísimo Redemptor, donde también pernoctaron. Con el día, a la salida del sol, invadieron Santa Sofía y utilizando las puertas que habían arrancado, destruyeron el púlpito sacerdotal adornado con plata, y doce columnas argénteas; cuatro celdas, cuyas paredes estaban adornadas con imágenes, fueron arruinadas, y el altar y las doce cruces que estaban sobre él, así como tenebrarios más altos que un hombre y los sostenes del ara asentados en medio de las columnas, todo ello fabricado en plata. Arrebataron también la magnífica mesa engalanada con gemas y grandes perlas; tales las acciones que insensatos cometieron. Luego destrozaron cuarenta cálices que estaban en el altar y candelabros de plata de los cuales había tal cantidad que no podríamos enumerarlos, y vasos argénteos usados por los griegos en los días de festividades magnas. Se llevaron el Evangelio que se empleaba habitualmente en los oficios y sagradas cruces e imágenes singulares y el tapete que estaba bajo la mesa y cuarenta incensarios de oro puro; y fue tanto todo lo que encontraron de oro y plata, excepto vasos inestimables que estaban en los armarios, paredes y nichos, que no podríamos enumerarlos. No digo tales cosas sólo con respecto a la iglesia de Santa Sofía, porque también cometieron depredaciones en la iglesia de Santa María, en Blaquernas, hasta la cual todos los viernes desciende el Espíritu Santo. Ninguno podría mencionar las restantes iglesias por ser innumerables. Dios valiéndose de la piedad de los hombres buenos, conservó la mirífica Hodegitria, es decir, la que guía por la ciudad, y el edificio de Santa María, y confiamos que hayan sido conservados hasta estos días. Saquearon todos los otros edificios y monasterios, tanto dentro como fuera de la ciudad, cuyo número y belleza nos sería imposible describir; despojaron a los monjes, religiosas y presbíteros, matando a algunos de ellos, y expulsaron a los griegos y varangos que permanecieron en la ciudad.¹⁷

Villehardouin, por su parte, da cuenta del enorme botín capturado en el sitio y saqueo de Constantinopla:

17 En DE MUNDO, S.I., *La Cuarta Cruzada según el cronista Novgorodense*, en "Anales de Historia Antigua y Medieval", 1950, Buenos Aires, p. 140.

*Igual que este palacio se rindió al marqués Bonifacio de Monferrato, el de las Blaquernas se rindió a Enrique, hermano del conde Balduino de Flandes, salvando igualmente las vidas de los que estaban dentro. También allí fue encontrado un tesoro muy grande, no menor que el de Bucoleón. Cada uno llenó con sus gentes el castillo que le fue entregado e hizo custodiar el tesoro; y las otras gentes que estaban dispersas por la ciudad hicieron también gran botín; y el botín fue tan grande que nadie os podría hacer la cuenta: oro y plata, vajillas, piedras preciosas, satenes, vestidos de seda, capas de cibelina, de gris y de armiño y toda clase de objetos preciosos como nunca se encontraron en la tierra. Godofredo, mariscal de Champagne, da testimonio según la verdad y en su conciencia que, desde que el mundo fue creado, nunca se hizo tanto botín en una ciudad*¹⁸.

La brutalidad con que cristianos saquearon una ciudad de cristianos, según relatan los cronistas, fue un golpe del cual los bizantinos no pudieron recuperarse, y que dejó abierta una herida que sangra hasta el día de hoy. Nunca en Europa se había saqueado una ciudad tan sistemáticamente y nunca un ejército cristiano había obrado de tal manera¹⁹. A los muertos y heridos, a la deshonra perpetrada contra laicos y eclesiásticos, mujeres y niños, se agregó un pillaje despiadado que no respetó ni palacios ni iglesias ni casas. Una prostituta ebria se sentó en el sitial reservado al patriarca en la iglesia de Santa Sofía, y cantaba obscenidades mientras soldados borrachos saqueaban el templo. Evidentemente, los bizantinos nunca podrían entender cómo cristianos, que habían hecho votos de peregrinar a los Santos Lugares para rescatarlos de manos de infieles, habían sido capaces de cometer tales tropelías contra hermanos de fe; la brecha entre la cristiandad oriental y occidental quedaba abierta, y esta vez era definitivo. El saqueo de 1204, como dice Frolov, parece aún más impío si se toma en cuenta que se hizo bajo el signo de la Cruz²⁰.

Entre las riquezas obtenidas por los cruzados, merecen mención aparte las reliquias; en efecto, desde hacía mucho tiempo que Constantinopla no sólo era la más rica de las ciudades del Mediterráneo, sino también un infinito reservorio de las más veneradas reliquias de la Cristiandad, y se temía que ellas cayeran en manos de los turcos; por otra parte, había quienes pensaban que la Iglesia Occidental debía tomar las reliquias porque los bizantinos ya no eran dignos de poseerlas²¹. Así, aunque tenue en apariencia, un motivo religioso comparece en estos trágicos momentos. Las reliquias, que habían servido, a partir del siglo XI, de *excitatorium* a la guerra santa, a comienzos del siglo XIII pueden ser consideradas como la *excusatio* de una empresa militar²².

Como relata Nicetas Choniates (c.1155-1217), muchos debieron huir para salvar sus vidas. La narración, llena de dramatismo merece ser citada:

18 VILLEHARDOUIN, op. cit., 250, p. 53.

19 PEARS, E., op. cit., p. 345.

20 FROLOW, A., op. cit., p. 54.

21 Ibid., p. 55.

22 Ibid., p. 59.

Conmigo compartió mi hogar cierto conocido mío, veneciano de nacimiento, pues merecía protección y, con él, su doncella y su esposa fueron resguardadas de daños físicos. Demostró serenos de ayuda en aquellos tumultuosos tiempos. Tras vestirse su armadura y convertirse de mercader en soldado, se hizo pasar por un compañero de armas y, hablando con ellos en su propia lengua bárbara, defendió que había ocupado la vivienda primero. Así ahuyentó a los expoliadores. Pero continuaron llegando en grandes oleadas y al fin desesperó de oponerse a ellos, sobre todo a los franceses, que no eran como los demás en temperamento o fuerza física y se jactaban de mostrar sólo temor al cielo. Como quiera que le fue imposible deshacerse de ellos, nos animó a escapar...

Partimos poco después, arrastrados de la mano como si hubiéramos sido asignados a él como cautivos de su lanza, y abatidos y descompuestos conocimos el camino de la huida... Los sirvientes se dispersaron en todas direcciones abandonándonos inhumanamente, pues nos vimos forzados a acarrear sobre los hombros a niños que no podían caminar y a sostener en las manos a un infante de pecho, y de esta suerte proseguimos la fuga por las calles...

Después de permanecer en la ciudad durante cinco días tras su caída, marchamos [el 17 de abril de 1204]. Era sábado, y lo que había sucedido no era un acontecimiento carente de sentido, en mi opinión, una circunstancia fortuita o una coincidencia, sino la voluntad de Dios. El día era tormentoso e invernal... A la altura de la iglesia del noble mártir Mokios, un bárbaro libertino y vil agarró delante de nuestros ojos, cual el lobo apresa al cordero, a una doncella de finas trenzas, joven hija de un juez. Ante el penoso espectáculo, toda nuestra compañía dio un grito de alarma. El padre de la muchacha, achacoso por los años y por la enfermedad, se tambaleó y cayó en un charco, quedando tendido de costado mientras gemía y se golpeaba contra el lodo; volviéndose a mí con inefable indefensión... me pidió que hiciera lo posible por liberar a su hija. Al punto retrocedí en pos de los pasos del malvado; con lágrimas en los ojos grité contra el secuestro, y convencí con gestos de súplica a las tropas que pasaban, que no eran completamente ignorantes de nuestro idioma, para que acudieran en mi ayuda, llevando incluso a algunos de la mano...

Cuando llegamos a los aposentos del vil mujeriego, éste ordenó a la muchacha que se ocultara dentro mientras él permanecía en el umbral presto a rechazar a los oponentes. Señalándole, dije: «Éste es el felón, que a plena luz del día ha desobedecido las órdenes de vuestros jefes bien nacidos... Este hombre se ha burlado de vuestros mandatos ante muchos testigos y no teme desafiar como un asno salaz el suspiro de virtuosas doncellas. Defended, pues, a los que protegen vuestras leyes y han sido puestos a vuestro cargo...»

Con tales argumentos desperté las simpatías de estos hombres, que insistieron en la liberación de la muchacha. Al principio, el bárbaro mostró desprecio, pues era presa de las dos pasiones más tiránicas, la lujuria y la ira. Mas al ver que los hombres se enfurecían en su rabia y le amenazaban con colgarle de una estaca como a hombre de baja ralea, injusto y vergonzante... se rindió, aun reacio, y entregó a la muchacha. El padre se alegró sobremanera al recuperar a su hija,

derramando lágrimas como libaciones de Dios por haberla salvado de esta unión no ungida por las arras del matrimonio y los himnos de boda. Al cabo, se levantó y continuó camino con nosotros. ²³

II

Como habíamos adelantado líneas atrás, el desencuentro entre el mundo latino y el bizantino no se reduce al tema de la “guerra santa”, cuyo punto culminante y dramático fue la Cuarta Cruzada, sino que tiene raíces más profundas. Entre el año 1095 y el año 1204, cuando las Cruzadas pusieron en contacto directo por primera vez a ambos mundos, las diferencias fueron poco a poco agudizándose, hasta llegar al colapso final con la instauración del Imperio Latino de Constantinopla. Para los bizantinos era prácticamente algo esperado, puesto que desde un comienzo dudaron de los fines reales de los cruzados, como bien señala tempranamente Ana Comneno²⁴. Para los occidentales, era terminar con un gravoso problema, el imperio oriental, que entrababa sus planes en el Cercano Oriente. Charles Diehl²⁵ ha trazado, con la fineza que caracteriza a su pluma, el cuadro de las sociedades que se dieron cita en Constantinopla con ocasión de las Cruzadas: “En el momento — escribe — en que las bandas indisciplinadas de la Cruzada desbordaban sobre el imperio griego su flota de invasores, Constantinopla era aún una de las más admirables ciudades del universo. En sus mercados, verdadero centro del mundo civilizado, se acumulaban y se intercambiaban productos de todos los rincones de la tierra. De las manos de sus artesanos salía todo aquello que la Edad Media conoció de lujo precioso y refinado. En sus calles circulaba una multitud abigarrada y bulliciosa, en suntuosas y pintorescas vestimentas...”. Los cronistas de la época no escatimaron palabras para expresar su admiración por la ciudad que Villehardouin llamó *reina de las ciudades*²⁶. Era notorio el contraste, que los cronistas bizantinos hicieron notar, con los rudos caballeros occidentales, cuyas diversiones consistían en la caza y la guerra, y que poco entendían de refinamiento y protocolo. Para los bizantinos no eran sino bárbaros despreciables (*keltoí*, los llama Ana Comneno, esto es celtas), que amenazaban con querer apoderarse de la Ciudad²⁷; los occidentales, por su

23 Nicetas Choniates, *Historia*, en: *Miscelánea Medieval*, Selección y Edición de J. Herrin, Grijalbo, 2000 (1999), Barcelona, pp. 196-197, citando a: Harry Magoulias (tr.), *O City of Byzantium. The Annals of Niketas Choniates* (Detroit, Wayne State University Press, 1984), pp. 323-25.

24 ANA COMNENO, *Alexiáda*, X, VI, 7. Trad. de E. Díaz Rolando, Editorial Universidad de Sevilla, 1989, Sevilla, p. 411: *...como seres muy pérfidos, por ejemplo Bohemundo y sus seguidores, que albergaban en su seno otras intenciones, es decir, poder apoderarse también de la ciudad imperial como si hubieran descubierto en ella una posibilidad de provecho.*

25 DIEHL, Ch., *Figures Byzantines*, Armand Colin, 10^{ème} Ed., 1948, Paris, Deuxième série, pp. 1 y s.

26 VILLEHARDOUIN, op. cit., 128, pp. 130-131: *Or vous pouvez savoir que ceux-là regardèrent beaucoup Constantinople qui ne l'avaient jamais vue; car ils ne pouvaient pas penser qu'il pût être en tout le monde aussi puissante ville, quand ils virent ces hautes murailles et ces puissantes tours, dont elle était close tout autour à la ronde, et ces superbes âlis, et ces hautes églises, dont il y avait tant que nul ne l'eût pu croire s'il ne le eût vu de ses yeux, et la longueur et la largeur de la ville, qui sur toutes les autres était souveraine.*

27 LILIE, R., *Byzantium and the Crusader States 1096-1204*, Transl by J. C. Morris and J. E. Ridings, Oxford U. Press, 1998 (1981), Oxford, p. 5.